

SELECCIÓN LITERARIA¹

Poesía²

Esta lengua que sostiene mi alma

Esta lengua que sostiene mi alma
como el esqueleto sostiene mi cuerpo
me ha llegado de lejos cargada de honores
y significados profundos.
Es rica en canciones, madrigales y sonetos,
magra en ordenadores, misiles y metralletas.
En el siglo del consumismo
no ha perdido ni un ápice de su frescura,
y permanece admirable por su espontaneidad.
¿Que hace esta bendita lengua
para caerme como anillo al dedo,
tan zapatilla vieja,
tan fácil que no resiste que le impongan
otra disciplina parecida
que no sea el andar descalza y deslenguada?
Se sienta en mi boca como un sillón
diseñado especialmente para ella
tan cómoda que vive convencida
que no es posible hablar en otra cosa,

¹ Agradecemos al Dr. Benigno Trigo (*Chair, Department of Spanish and Portuguese, Vanderbilt University*) en su condición de albacea literario de la obra de Rosario Ferré, la autorización para incluir los textos que integran esta sección.

² *Fisuras*. San Juan [Puerto Rico]: Ediciones Callejón, 2006.

aunque hubiese nacido en lejanas tierras.
Tan fácil que todo se le hace
tan cógelo por el mango y dale vuelta.
La agilidad con que canta las vocales,
la precisión con que enuncia las consonantes,
cada palabra empezando con su letra
tan particular y privada,
y cerrando con la que
le sirve de broche
que no podía ser otra.
Bendito sea el Español
la lengua con que vive el mundo.

El órgano de la lengua

La lengua es un órgano
que no tocamos solos.
En él nos acompañan unos
y a veces otros
de los muchos que somos.
Una confederación de almas
toca bajo la batuta de mi yo
presente, del que manda en mí por el
momento. Unas veces es la dócil,
la que aprendió a caminar de puntillas,
vuelve al revés los calcetines del marido
transformándolos en lanudas frutas,
en ásperos tomates recogidos
en la espuma de los lavaderos,
y ansía vivir en paz con sigo misma.
Otras veces es la sublevada,
la que no se conforma con lo que tocó
y vive la noche iluminada
por orgasmos encadenados,
la sonrisa de la locura untada sobre los labios
en ese mínimo
lugar que es de todas
pero que no pertenece a ninguna,

donde árboles,
ciudades, montañas,
caen y se desmoronan
mientras ella se concentra en el gozo.
Su cuerpo es un arbusto
cargado de pepitas rojas
que se desangran parejamente por la lengua.
Destilan un licor futuro
que le acelera el corazón
y hace imposible el sueño,
pero que sabe ¡que sí sabe! a furibunda
independencia de las sábanas.
La lengua es un órgano poderoso:
tiene muchas notas
y varios teclados.

Palabras como navíos

Una palabra nace
detrás de un fanal de hueso.
Hay que darle forma con los labios
e insuflarle aliento para que navegue sola,
a mar abierto.

Debe maniobrar con habilidad la corriente,
evitar los arrecifes,
manejar con destreza las cascadas,
surcar atrevida el océano,
antes de dirigirse a la costa
y fondear el ancla.

El espíritu humano
navega en palabras libres
como navíos.

El poema

Era fuerte como un ángel
y demasiado soberbio para reconocerlo.
Luchamos en la penumbra del amanecer
mientras una muchedumbre de ángeles
giraba sobre nuestras cabezas.
No pronunció una sola palabra.
Se hundió tercamente en el silencio,
y su ojo derecho,
ardiendo con una luz divina,
se deslizó sobre mí
y rehusó reconocerme.
Torcí su brazo en una llave poderosa
y lo obligué a hincarse
a mi lado.
Así se engendró
el poema entre nosotros.

Narrativa³

La casa invisible

Hace siempre, dijiste, hundiendo los zapatos en las hojas húmedas que murmuraban regadas por el suelo. Arriba las otras (muchedumbre, lejos) cabeceando verde desigual, inquieto viento por el dorso diminuto de los insectos comejaneando sombra por la piel de los troncos, subiendo. Tenías una cinta azul en el pelo y amarrada la cintura con un delantal blanco de refectorio que te estrenaste limpio hoy. Cuando llegamos al solar donde estaba la casa cruzaste las manos detrás de ti, aplastando el lazo blanco que se quebró sin ruido pero tú lo sentiste quebrarse contra tu piel, tus brazos lo quebraron con ese deje tan tuyo de eso no importa no. Te acercaste así, mirando el sitio donde estaba la casa, el hueco de sombra derramándose por entre los balaustres de tu cara, mecido de un lado para otro por el

³ *Papeles de Pandora*. Nueva York: Vintage Español-Random House, 2000.

empuje del viento. Tiene techo de cuatro aguas, dijiste, y me alegré porque supe entonces que no sería en vano, que no me había equivocado cuando te cogí de la mano y te alejé de los gritos polvorientos del recreo. Te venía observando desde hace tiempo, oculto entre los árboles al borde de la plaza, olfateando como un perro viejo tu rastro. Ahora todo lo veo oscuro, las hojas que se me pegan a la cara mirando hacia arriba el fondo, yo he visto oscuro siempre pero pronto veré claro por tus ojos, detendré el salto del unicornio sobre la palma de mi mano. Te gustaría ver la casa hoy te pregunto por undécima vez, llenándote las manos de caramelos, pero hoy tú no me preguntas nada (como ayer, cómo te llamas, qué casa dices, por qué te han crecido los cabellos largos como plumas, por qué comes raíces). Miraste por un momento el garabato de niñas agitándose sobre el polvo del patio y luego pusiste tu mano en la mía, con esa terrible sencillez con que cortas en limpio todos tus gestos. Así nos internamos juntos por el sendero, un viejo y una niña, tu risa derramada caramelos derretidos y yo recordando cómo una vez dejé de comer raíces y levanté los ojos al cielo deseando edificar mi casa, pero todo fue en vano. A mí no me había sido dada, como a ti, la mirada creadora del amor, suelta la rienda para siempre por la crin de tu cara desbordada. Subimos los escalones de dos en dos. Tú ibas ciega, descubriendo los ángulos oscuros y la superficie pulida de las tablas con tu piel, siendo en cada movimiento de moldura tallada que te salía por las puntas de los dedos, amasando el silencio por las hendiduras de todas las paredes. Ya no te quedaba la menor duda de tu destino y sin embargo te comportabas irresponsablemente, lustrosa la cinta y almidonado el delantal, correteando como una niña cualquiera. Toda la tarde nos la pasamos en esas, abriendo ventanas de musgo, trasponiendo arcos por las puertas en triángulo, tableteando persianas blanco fuerte para descascarar la luz. Ahora me siento contento porque la casa ya está terminada, dibujada por ti en su más mínimo detalle, cristalizada en tus ojos para siempre, la imagen que huye, el salto del unicornio por los balaustres de tu cara. Por eso no me importó cuando hace un momento me detuve solo en el sendero para contemplarla por última vez y vi que ya no estaba.

El hombre dormido

El hombre sigue durmiendo en medio del zumbido luctuoso y brillante de los zánganos, arañado de cuando en cuando por la ira de las avispas como por la punta de una plumilla afilada sobre la plancha de acero. Pero no es así que este hombre debe alcanzar la inmortalidad, no con el odio impersonal del ácido sobre la plancha, no con medidas matemáticas de espacio blanco encasillado en celdas de bordes cortantes y filos delgados de tinta negra sino suavemente, blandamente, manchando, acariciando el cabello de espuma vieja, las manos cruzadas sobre el pecho, la red algodonosa y polvorienta que lo abriga desde hace tanto tiempo. Las losas del piso se van enfriando bajo mis manos que no cesan de dibujar, el hombre siempre duerme. No tengo prisa. Todas las tardes es igual, espero a que se duerma, vengo y me siento cerca de él sin hacer ruido, esparzo mis papeles sobre las losas, atisbo su respiración cada vez más pausada, más reseca. Todas las tardes me siento en este mismo lugar y espero, arranco las raíces de mis pensamientos y las coloco sobre el blanco del papel para verlas agitarse cegadas por la luz. Todas las tardes aguardo que el hombre dormido despierte, espero el combate. Entonces se levanta, su traje de hilo almidonado se derrumba como una montaña de sal, los ojos le saltan fuera como el sol por la boca de la mina, me arrebatan las libretas de dibujo, las hace pedazos, las tira por la ventana. Entonces vuelvo a quedarme solo pero ahora consolado, sentado en medio del derrumbe que se va enfriando puedo pintar con más facilidad, cierro los ojos y oigo el clarinete del niño ciego escindir limpiamente los grumos de niebla que se han quedado adheridos a los costados de los montes.

Yo no comprendo la vida, no la he comprendido nunca. La mancho, la borro con las yemas de los dedos, unjo sus cabellos, paso y repaso mi mano abierta sobre su cabeza angustiada, siento la tibieza de sus sienes y el arrebato que la sacude cuando se me escapa, dejándome las manos vacías. Han pasado muchos años y hoy comencé por fin el cuadro que he estado pintando desde niño, el retrato del hombre dormido. Quizá sea el cuadro más difícil que tenga que pintar, quizá nunca llegue a pintarlo. Me ha empujado a hacerlo un deseo extraño de sentir lástima, de que llueva, de que por fin empiece a llover. He pintado mucho desde que me fui de la casa y dejé atrás el huerto de árboles injertados y la escalera de hiedra. Antes de pintar cada uno de

mis cuadros he pensado en el hombre dormido, en su despertar, en el combate. Últimamente he notado que duerme más profundamente. Cada vez se le hace más difícil despertar. He notado que su ira ha ido menguando, ya no me acomete con la misma agresividad de antes, con todo y contra todo, los ojos saltando fuera por la boca de la mina, que lo hacía estremecerse de indignación, sacudir desafiante la enredadera quebradiza de sus huesos frente a mi cara obstinada. Poco a poco lo ha ido cubriendo el polvo, se han congelado las telarañas que le empañaban los ojos, por las noches se encoje y arrulla a sí mismo en un rincón. Solo yo puedo ahora tratar de que no muera, obligarlo a que resista, hacer al menos que perezca resistiendo, en retribución por la lealtad de su combate diario.

Me le enfrento ahora pincel en mano. Está profundamente dormido, con la cabeza apoyada en el codo. Los filodendros alargan hacia él sus tentáculos por la ventana abierta, las espadas sangrientas de las bromelias se desbordan por encima del marco y resquebrajan el hilo reseco de su traje, la espuma inmóvil del tiempo. Comienzo a manchar y a borrar, el abismo se abre de nuevo entre nosotros. Pero estamos habituados al combate. Trabamos lucha cuerpo a cuerpo, sin miedo, como siempre. De mi pincel van saliendo los grumos de niebla, los contornos torturados, el gesto de su rostro entregado. Una mujer con el cabello espeso de agua se ha sentado junto a él y ha tornado su cabeza entre los brazos.

